EUROPA ARCHIV

Bonn

A. 25, núm. 23, 1973

MACFARQUHAR, RODERICK: *China nach dem Zehnten Parteitag* (China después del X Congreso del Partido), pp. 807-820.

El problema principal tratado durante el X Congreso del PC de China, que tuvo lugar del 24 al 28 de agosto de 1973, era el del esclarecimiento del caso Lin-Piao. En un informe político presentado por el primer ministro, Chu En-lai, se ofrece la postura oficial de los errores políticos e ideológicos de ese «carrierista burgués, conspirador, contrarrevolucionario, renegado y traidor», muerto en un accidente de aviación, según parece al intentar huír a la URSS.

Wang Hung-wen, la nueva estrella del comunismo de Mao, de Shanghai, presentó un proyecto de reforma de los Estatutos del Partido. El proyecto consiste, pura y simplemente, en suprimir el nombre de Lin-Piao como posible sucesor de Mao Tsé-tung, y nada más, ateniéndose a los hechos consumados de haber muerto como traidor.

El tercer y último punto del orden del día del Congreso figuró la elección de un nuevo Comité Central del Partido. Muchos de los miembros permanentes y candidatos no fueron elegidos aparentemente por haber hecho su carrera política e ideológica en estrecha conexión con Lin-Piao.

Al margen de estos tres problemas, el Congreso tuvo que ocuparse, también, de la sucesión de Mao; sin embargo, no se llegó a ninguna conclusión concreta; la lucha entre los «moderados» de Chu En-lai y los «radicales» de Mao Tsé-tung no pudo ser superada, puesto que también el ejército desempeña su propio papel. Por si fuera poco, la actual esposa de Mao tiene sus adeptos que no están dispuestos a renunciar al poder.

EHLERMANN, CLAUS-DIETER: *Ein Schritt auf dem Wege zur Demokratisierung der Europäischen Gemeinschaften* (Un paso hacia la democratización de las Comunidades europeas), pp. 821-830.

Después de unos debates intensivos del Parlamento Europeo y la reelaboración de los proyectos originales por la Comisión correspondiente le toca ahora al Consejo emprender otro paso. La Comisión hará todo lo posible para acelerar sus trabajos.

Entre otras atribuciones en el camino de la democratización figura la referente a los presupuestos, y en caso de no formar parte este asunto del gran «paquete» que se debate a finales de año, es imposible

que pudiera ser preparado ya sobre una nueva base el presupuesto para 1975. Otra cuestión es la de control de los gastos.

La sustitución del Comité de control por un Tribunal de Cuentas parece ser menos una necesidad jurídica que un gesto político. De todos modos, la CEE necesita de unas medidas rigurosas en el terreno de las finanzas en las dos direcciones: de ingresos y de gastos, siendo considerado de suma importancia este hecho cara a la opinión pública europea.

Objetivamente, las Comunidades Europeas no se caracterizan por su democracia, precisamente. Desde hace tiempo se siente la necesidad de su democratización en todas sus instituciones. Los esfuerzos en tal sentido se manifestaron en los años sesenta, hasta que en 1973 se emprendieron pasos más concreto. Georges Vedel, el conocido politólogo francés, defiende la postura de que la democratización ha de empezar por los presupuestos.

PREISWERK, A. ROY: *Neokolonialismus oder Selbstkolonisierung?* (¿Neocolonialismo o autocolonización?), pp. 845-853.

Neocolonialismo y autocolonización representan dos factores del mismo proceso: ciertos Estados ejercen su predominio en la fase poscolonial sobre otros a través de sus relaciones culturales.

Tiene su importancia no solamente la postura del fuerte, que puede emplear hasta la fuerza para imponer su hegemonía, sino también la autodelimitación de los Estados dominados. Así ocurrió con los acuerdos franco-africanos, de 1959 a 1961, sobre la colaboración después de la descolonización. La política francesa de asimilación es un ejemplo clásico. La exportación de la cultura es uno de los pilares del colonialismo.

Hoy día, las relaciones diplomáticas formales, tal como suelen ser concebidas a través del estudio clásico de relaciones internacionales, pueden ser objeto de un examen concienzudo y exacto sólo en caso de tener en cuenta el choque o el encuentro de varias culturas, ideologías y distintas maneras de pensar.

Hace tiempo algunos autores (Fanon, Memmi o Mannoni) abordaron esta problemática como «psicología de la colonización»; sin embargo, últimamente se carece de estudios recientes y actualizados en relación con los hechos tan radicales como el neocolonialismo francés en el Africa negra.

S. G.

A. 29, núm. 1, 1974

LUTZ, CHRISTIAN: *Das unmündige Europa. Bilanz eines Krisenjahres* (La Europa inmadura. Balance de un año de crisis), pp. 1-8.

Europa no consigue rehacerse como Europa, a pesar de toda clase de intentos de parte de los hombres dispuestos a sacrificarse por su unidad. No llega a recuperar su antigua capacidad de acción. Ya en 1973 se vio que las superpotencias se adelantarían—a expensas de Europa— El bilateralismo americano-soviético sorprendió de tal manera que los europeos no se han despertado aún del shock correspondiente. La incógnita es de secreto público: Europa seguirá gozando de la protección de la potencia hegemónica americana o para en la esfera soviética de influencia. El papel del Tercer Mundo podría potenciar la función europea, por cierto, pero ¿hasta qué punto? Ni para eso está preparado el viejo

Continente; por tanto, Europa de por sí está en crisis, a veces sin saber por qué.

No falta la voluntad «europeísta» de los protagonistas de la unión europea; sin embargo, hay cuatro factores que pueden ser designados como consecuencia: 1. Hay que resolver problemas de primera categoría antes que limitarse a cuestiones de segundo orden. El impacto de los diferentes nacionalismos continúa pesando mucho en el proceso de integración que, *lógicamente*, y por esta razón no cuaja. 2. Equilibrio continuado no supone transformación de la cantidad en calidad. Cuando la integración europea adquiere en calidad empieza la desintegración debido a factores no europeos. 3. Se trata de no volver más atrás; en este caso sí que se puede hablar de una incógnita: ¿cómo conseguirlo para que Europa constituya un instrumento de equilibrio y de seguridad? 4. Se necesita un salto: ¿Europa de naciones o de Estados (artificiales)? Este parece ser el problema fundamental...

SMART, IAN: *Die Supermächte und der Nahe Osten* (Las superpotencias y el Próximo Oriente), pp. 9-21.

La guerra árabe-israelí de 1973 no es aún un asunto de historiadores; el conflicto sigue pendiente de soluciones políticas, cuyos resultados son efímeros: se han establecido líneas divisorias muy complicadas y, por supuesto, extremadamente contradictorias. Si el conflicto en cuestión existe desde la creación del Estado de Israel en 1948, ¿por qué no podría continuar su ruta trágicamente tradicional?

La última crisis en la zona ha puesto de relieve el impacto de las políticas americana y soviética, una vez tratándose de un impacto determinante y decisivo, otra vez de carácter perturbador y contradictorio. Al mismo tiempo la situación en el Próximo Oriente influye en las relaciones bilaterales americano-soviéticas.

Siguiendo la línea política de las dos superpotencias desde 1945, resulta que actualmente Washington y Moscú intentan no arriesgar nada que pudiera perjudicar la voluntad común de implantar un sistema de distensión común en el mundo. América se acerca a Egipto y la URSS no exalta el embargo de El Cairo del petróleo dirigido contra los Estados Unidos. Es decir, la rivalidad soviético-americana persiste, pero también se establecieron algunos puntos de contacto y de colaboración.

Kissinger ha definido las relaciones Washington-Moscú con gran acierto al afirmar que: «la URSS y nosotros tenemos relaciones muy especiales. Somos adversarios y al mismo tiempo partners en cuanto al mantenimiento de la paz. En efecto, estas relaciones tan especiales de amigo-enemigo se refieren no solamente a la postura de las superpotencias frente al Próximo Oriente, sino frente a cualquier punto estratégicamente conflictivo».

S. G.

CONTEMPORARY REVIEW

Londres

Vol. 224, núm. 1.299, abril 1974

WILLIAM MINTER: *Joint Venture in colonialism: Portugal and its allies* (Riesgo común en el colonialismo: Portugal y sus aliados), pp. 199-204.

Cada vez que se trata de la colonización portuguesa suele hacerse refiriéndose a la visión portuguesa de su propia gran-

deza al estilo autoritario del régimen o la dependencia en que la economía portuguesa se encuentra respecto a los territorios africanos. Sin embargo, a esta concentración sobre los factores internos le falta la característica más esencial, o sea la de que el colonialismo portugués es un «riesgo común» con otros países más poderosos. Esto ha venido siendo una de las causas que explican cómo Portugal ha podido mantener el control sobre sus territorios de Ultramar a pesar de las guerras coloniales que ha estado sosteniendo desde hace más de una década.

Durante el reparto de Africa, que tuvo lugar en el pasado siglo XIX, Portugal pudo haber perdido todos o la mayor parte de sus territorios africanos; pero los grandes poderes colonizadores le dejaron conservarlos porque confiaban en tener siempre accesos económicos a dichos territorios. Y desde aquel tiempo hasta hoy las mayores empresas en Angola y Mozambique han sido financiadas y controladas por capitales no portugueses. Por ejemplo, en Angola el «Benguela Railway» y la compañía «Angola Diamond Company» predominan los fondos y la intervención de orígenes británicos y sudafricanos. En cuanto a Mozambique, ya es sabido que su economía está subordinada a los accesos hacia Rhodesia y la Unión Sudafricana.

Bajo el régimen de Salazar aumentaron los intereses norteamericanos y europeos-continentales, pero Portugal no se beneficiaba mucho de ello, aunque conservase el control político-administrativo y una parte de los valores económicos. En realidad ha existido contradicción en los intereses de las grandes potencias, que se daban cuenta de que la presencia portuguesa era necesaria respecto al «riesgo común» que les afecta a todos. Hay una paradoja en el hecho de que las potencias hayan empujado a Portugal hacia una solución de abandonismo «neocolonial» que ha estimulado los desórdenes y a ceder el paso a unos movimientos africanos radicales que amenazan los intereses europeos tanto como los portugueses.

A pesar de todo ha habido algunas ayudas parciales por parte de los aliados de Portugal, y sólo gracias a dichas ayudas los gobernantes de Lisboa han podido contener los esfuerzos insurgentes en Angola desde 1961, Guinea-Bissau desde 1963 y Mozambique desde 1964. Las ayudas han sido de materiales militares, aprovisionamientos y entrenamiento de personal; todo según el contexto de la alianza de la NATO. Aunque a la vez se hiciesen unas declaraciones *pro forma* de que la ayuda militar no tenía nada que ver con las guerras africanas ni debía ser interpretada como un apoyo a una política colonial.

Ahora, el enfrentarse con la escalada de los movimientos africanos «de liberación» en Angola, Mozambique, etc., los aliados de Lisboa se encuentran en la alternativa de abandonar a Portugal en su esperanza de desarrollar un «modus vivendi» con unos nuevos gobiernos autónomos africanos o acrecentar el apoyo a Portugal para que contenga a las insurrecciones negras. También pueden alentar a los gobernantes de Lisboa hacia unas formas de autonomías limitadas que puedan ser presentadas en el escenario internacional como fórmulas no colonialistas.

Las respuestas se han hecho más urgentes ante la intensificación de los movimientos insurreccionales. Aunque es posible que haya otros países contiguos que se sientan tan directamente amenazados como, por ejemplo, la Unión Sudafricana, cuyos gobernantes pueden considerarse interesados en contribuir a preservar los intereses comunes con Portugal en las áreas regionales de Angola y Mozambique.

R. G. B.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. 50, núm. 2, abril 1974

J. D. B. MILLER: *Australian foreign policy: constraints and opportunities* (Política exterior australiana, forzamientos y oportunidades), pp. 229-249.

Desde que el partido laborista australiano subió al poder en diciembre de 1972, después de haber estado veintitrés años en la oposición, su política exterior ha venido siendo la de observar y vigilar con interés a aquellos países que tienen conexiones más estrechas con Australia. El primer ministro, E. G. Whitlam (que ocupó también la cartera de Asuntos Exteriores durante el primer año), expuso claramente desde el comienzo que él deseaba que su política se diferenciase radicalmente de la de sus predecesores, los cuales habían hecho que se tuviese sobre Australia una imagen racista y militarista. Dichos predecesores habían dado apoyo a los gobiernos del Vietnam del Sur y de Camboya, al mismo tiempo que mantenían tropas en Singapur, pero mister Whitlam retiró las tropas y las ayudas (que se habían realizado dentro del marco de la ANZUS). Sin embargo, algunas veces los actuales gobernantes australianos apoyan a Norteamérica respecto a materias de seguridad, en términos de adulación, mientras otras veces hicieron duros reproches al presidente Nixon por los bombardeos del norte del Vietnam en enero de 1973.

Estas y otras medidas sugieren a la vez contradicciones y contrastes. Por un lado parece que los laboristas han roto con una política pasada que a veces era acusada de pro colonialista. Pero en muchos aspectos las orientaciones de Whitlam no difieren de las que anteriormente siguió la coalición que centraba el partido liberal. Por ejemplo, respecto a una creciente aproximación al Japón, que de hecho es el principal cliente de Australia en el terreno económico, así como el país de mayores iniciativas respecto al área geográfica en que Australia está incluida. En cuanto a la política de absorción de inmigrantes seguida por los actuales gobernantes australianos, por una parte se nota que los inmigrantes son escogidos y recibidos con precauciones y un sentido más marcado de selección familiar o profesional. Pero que en cambio no se ponen obstáculos a que gran parte de dichos inmigrantes no sean de los llamados racialmente «blancos».

La personalidad de Mr. Whitlam es uno de los factores que influyen en los cambios. Por ejemplo, respecto a los derechos humanos se ha preocupado por mejorar la condición de las poblaciones aborígenes que subsisten dentro del país. Ha demostrado claramente que él no es antinorteamericano; pero también que no está dispuesto a aceptar todas las actitudes internacionales de los Estados Unidos sin un previo y detenido examen. En cuanto a la posición de la delegación australiana dentro de la ONU se ha notado que Australia tiende a sostener las actitudes globales del denominado Tercer Mundo. También ha reconocido a Alemania Oriental. Parece evidente que algunas de tales medidas las habrían querido adoptar los predecesores liberales del Gobierno laborista australiano, pero no tuvieron tiempo de hacerlo.

Los liberales y los laboristas siguen coincidiendo también en la expresión de ciertos grandes principios teóricos, sobre todo aquellos, que (a través de las organizaciones laborales) quieren que la vida político-social australiana se mantenga dentro de las líneas de la social-democracia. Y tampoco ha desaparecido ni se ha abolido la convicción de la necesidad de conservar la **White Australia Policy.**

En realidad lo que más viene pesando en lo del fondo de raza blanca no es una ideología, sino un antecedente de población. Nunca se olvida que los primeros australianos no sólo fueron inmigrados que llegaron a un pequeño mundo, nuevo en su aspecto y casi vacío, sino que además todos procedían de Europa occidental. Su vida comunal y más tarde nacional fue organizada en vista del antecedente de que ellos lo crearían todo, desde los orígenes y a su propia medida. Por eso si ahora se muestran dispuestos a ir aceptando intercalados de gentes de otras procedencias y otros fondos étnicos es sólo a condición de que puedan fundirse fácilmente dentro de la mayoría imperante. Y con cierto sentido de propaganda respecto a los vecinos países asiáticos, entre los cuales Australia sigue recelando de ciertos expansionismos (como, por ejemplo, el indonesio en los sectores de Nueva Guinea), pero tratando de equilibrarlo con el acercamiento al Japón, la India, etc. Sin olvidar que sigue siendo un factor especialmente valioso el de la coordinación de puntos de vista entre los dirigentes de Australia y Nueva Zelanda, sin perder tampoco los vínculos con Washington.

R. G. B.

RIVISTA DI STUDI POLITICI INTERNAZIONALI

Florencia

Vol. XLI, núm. 1, enero-marzo 1974

A. BRECCIA: *L'adesione dell Italia al Patto Atlantico* (La adhesión de Italia al Pacto Atlántico), pp. 65-80.

La adhesión de Italia al Pacto del Atlántico es un tema que ha sido frecuentemente tratado y debatido refiriéndose a las actividades que van marcando el carácter de su evolución política, pero que no siempre se han considerado adecuadamente desde el punto de vista de su realización y sus antecedentes. Sobre todo teniendo en cuenta que la decisión italiana de adherirse a dicho pacto no fue una decisión repentina e improvisada, sino el fruto de una larga reflexión. En realidad algunos de los motivos que principalmente la impulsaron fueron los deseos que los gobernantes de Roma tenían de llegar rápidamente a una revisión del tratado de paz, pudiendo integrar a su país en el grupo de los que se consideraban como vencedores.

A. Breccia fundamenta su estudio desde el primer antecedente del antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Sforza; el cual escribió en su tiempo, que después de la confirmación y consolidación del acuerdo de paz, lo que más urgía a Italia era quedar integrada en una organización defensiva internacional. Sforza expresaba la toma de conciencia de toda la clase dirigente italiana, convencida de que su país no podría actuar dentro de lo mundial si no quedaba insertado en el orden posbélico.

Emocionalmente, las principales tendencias que entonces predominaban en la opinión pública italiana eran las que se inclinaban a procurar cierta neutralidad, que se creía lograr con la simple incorporación al sistema mundial de la ONU. Pero los gobernantes de Roma consideraban que una amistad inerme con todos equivalía a encontrarse en un aislamiento de hecho, puesto que para sostener y hacer respetar una política de neutralidad se requiere sostener una fuerza adecuada y poseer una autosuficiencia económica. Así, entre 1947 y 1948 se desarrollaron los intentos oficiales italianos de obtener de Norteamérica unas garantías militares que no estuviesen vinculadas a compromisos políticos. Aunque

aquellos intentos fueron rechazados por Washington, desde donde se exigió la adhesión incondicional italiana al Pacto del Atlántico (aunque en Londres y en el Benelux se ponían reparos a la inclusión italiana).

A. Breccia hace constar que la Unión Soviética no ofreció a Italia ninguna ocasión o posibilidad para poder desentenderse de las presiones norteamericanas, y que, incluso, fue la actitud soviética uno de los factores que más contribuyeron a hacer caer a Italia en brazos de los Estados Unidos. Los dirigentes de Moscú se empeñaban en llevar una política dura respecto a Italia, no mostrando ninguna comprensión por los problemas de su reconstrucción posbélica, actuando para dificultar la aceptación de las ayudas económicas globales como la del plan Marshall, oponiéndose a una solución favorable a Italia en el destino del Territorio Libre de Triestre, etc.

Tanto la actitud recelosa de la Unión Soviética como el empeño de varios países europeos en no admitir a Italia dentro de un bloque defensivo occidental fueron los dos motivos que impulsaron más directamente a los gobernantes italianos hacia unas actitudes de urgencia, no sólo para aceptar las presiones de Washington, sino para que se acelerase el cumplimiento de sus objetivos, venciendo algunas dudas que quedaban latentes en Norteamérica.

Cuando el 11 de marzo de 1949 el presidente del Consejo, De Gasperi, presentó a las Cámaras su plan de actuar para llevar a cabo el ingreso de Italia al Pacto del Atlántico hizo constar que en todo caso Italia se agregaría sin manifestar ninguna clase de exigencias previas respecto a una revisión del tratado de paz o a una restauración de sus reivindicaciones en el Adriático, porque esperaba que esos y todos los otros puntos contenciosos italianos respecto al orden internacional se irían resolviendo pacíficamente.

Desde aquel momento en el cual De Gasperi llegó a conseguir que Italia fuese un miembro activo del sistema del Atlántico Norte, además de constituir uno de los factores más esenciales para la construcción de unión europea, las dos concepciones del atlantismo y el europeísmo occidental se han venido apoyando y respaldando continuamente en la política exterior italiana. Se ha considerado que si la Unión Europea aumenta la solidez del Pacto Atlántico, por otra parte aumenta los medios de que los Estados europeos occidentales vayan aumentando su autonomía de acción respecto a Norteamérica.

R. G. B.